

1996

Del velorio de mi casa al velorio de mi país

Gonzalo Celorio

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Celorio, Gonzalo (Primavera-Otoño 1996) "Del velorio de mi casa al velorio de mi país," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 43, Article 30.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss43/30>

This Notas de la actualidad is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

DEL VELORIO DE MI CASA AL VELORIO DE MI PAIS

Gonzalo Celorio

UNO

Cuando en los primeros días de 1994, instado por las señoritas Carrasco, mis caseras, hube de abandonar la vieja casa de Mixcoac que habité durante diecisiete años, escribí una elegía titulada "El velorio de mi casa", que ahora forma parte de mi libro *El viaje sedentario*, al lado de otros textos referidos al espacio mexicano y particularmente a la Ciudad de México, a sus transformaciones aberrantes y a su destrucción. En ese texto desolado, mitad relato, mitad carta a las señoritas Carrasco, expresé mi dolor por tener que dejar la casa que había hecho mía, con amor y con palabras, a lo largo de los años; una casa solariega del siglo XIX, construida con tepetate y ribetes de ladrillo, de las que tienen cierto gusto ferroviario porque, a la manera de los trenes, disponen sus cuartos el uno contiguo al otro y tienen una terraza cual andén a la que desembocan todas las habitaciones; una casa seguramente condenada al sacrificio, como tantas otras de su venerable edad que semana a semana son demolidas en el barrio de Mixcoac y que dan lugar a multitud de establecimientos comerciales.

Mientras esperaba, acompañado de un tequila, el camión de la mudanza, pensé que quienes habitamos esta portentosa y atroz megalópolis de algún modo estamos tocados por la Coyolxauhqui. Siempre me ha parecido aterradoramente significativo que el gigantesco bajorrelieve del Templo Mayor que sobrevivió a la devastación que las huestes cortesianas impusieron sobre la Gran Tenochtitlan represente ni más ni menos que la Coyolxauhqui, que es la imagen misma de la destrucción, del desmembramiento: la hermana que Huitzilopochtli arroja desde las alturas para vengar su deshonor, la luna vencida por el sol en la lucha cósmica que se libra todos los días precisamente para que los días se sucedan los unos a los otros. Es como si nuestra única permanencia

fuera, paradójicamente, la de nuestro incesante aniquilamiento. A la sombra de mi glicina centenaria, sentado en mi equipal, sentí una anticipada e inevitable nostalgia por las cosas que se van, que dejan de ser, que se destruyen. Pero no sólo nostalgia; también coraje ante la inutilidad del exterminio. Y no es que de mi parte haya un rechazo a la transformación necesaria, al cambio natural. ¡Qué va!, si soy un entusiasta admirador de la modernidad y aun de la posmodernidad. Lo que nunca he entendido, a no ser por causas atávicas, como el mito del desmembramiento de la Coyolxauhqui, es la reiterada práctica de destruir lo anterior para construir lo posterior. La desolación de la ciudad prehispánica a manos de los conquistadores sentó el precedente. Desde entonces nos hemos encargado de devastar sistemáticamente nuestra ciudad para construir sobre sus ruinas la modernidad: salvo la Catedral Metropolitana, que supo acumular los estilos de la época virreinal, del escuarialense al neoclásico, pasando por el renacentista y todos los barrocos, la ciudad colonial fue estragándose a sí misma con el transcurso de los siglos y ya poco queda de la llamada Ciudad de los Palacios en las postrimerías del virreinato. A ella se superpuso la ciudad republicana, que acabó por importar todos los afrancesamientos, según la divisa modernista que en palabras de Rubén Darío reza: “el arte es azul y viene de Francia”. Esa ciudad porfiriana, aunque sobrepuesta sin duda elegante y rica, en muy alta medida también ha sido destruida. En las últimas décadas, la explosión demográfica de la Ciudad de México ha engendrado la concentración urbana más grande del planeta. La ciudad ha crecido de manera anárquica y violenta, destruyendo, siempre destruyendo el pasado para construir un presente terriblemente fugaz en tanto que no sabe envejecer. Así las cosas, parecería que nuestra cultura no fuera acumulativa, como es la cultura, sino desplazatoria, como es la contracultura. No tenemos una pared donde recargar los recuerdos. En nuestra ciudad contemporánea sobrevive la imagen indígena de la destrucción de la Gran Tenochtitlan: “Y era nuestra herencia una red de agujeros”. Lo que guardamos es un pasado roto, del que sólo conservamos, con asombrosa vitalidad, la muerte.

DOS

En “Otro poema de los dones”, Borges da gracias “por la costumbre / que nos repite y nos confirma como un espejo”. La casa es la salvaguarda de la costumbre. Es la depositaria de la confianza en que las cosas de la vida se desenvuelvan con la serenidad ritual de la reiteración; el café con leche del desayuno, la hoja de rasurar repuesta hebdomadariamente, el periódico previsible, la salida al trabajo, la irrupción pacífica de los domingos con sus ceremonias de aperitivo y comida familiar, de sobremesa o de siesta, según, de video vespertino y merienda; las sábanas tersas, la lectura del capítulo del libro del buró, la almohada muelle, buenas noches, hasta mañana, el paladar caliente, el

sueño sin sobresaltos.

El país es la casa grande, esa que con tonos domésticos cantó el más mexicano de nuestros poetas, Ramón López Velarde. La suave patria, así apelada en momentos de aspereza nacional; esa patria cercana, maternal, ajena a los mármoles y a los bronces de nuestros repelentes poemas civiles; esa patria que tiene el santo olor de la panadería, esa patria vestida de percal y de abalorio, esa patria impecable y diamantina cuyas glorias se cantan en silencio, sin trompeterías, pudorosamente, con una épica sordina.

Hube de abandonar mi vieja casa de Mixcoac, como dije, en los primeros días del año de 1994, justamente cuando se sucedían en México dos acontecimientos contradictorios y estrechamente relacionados entre sí: por un lado, la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio, que nos insertaría de lleno en la modernidad del primer mundo y nos convertiría en verdaderos norteamericanos, de manera concordante con nuestra situación geográfica y nuestra vecindad septentrional; y por otro, la aparición en Chiapas del llamado Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que nos venía a recordar con patético dramatismo nuestra inescapable pertenencia sudamericana y nuestra condición tercermundista, signada por el atraso y por la ignorancia, por la pobreza y la desintegración económica, racial y cultural. Una imagen de estrujamiento geográfico: el país que emprendía su camino hacia el norte, lleno de pretensiones modernas, era jalado, en el momento mismo de su partida, por su historia ancestral, por la realidad compleja y miserable del sur.

El sentimiento de desolación personal que sufrí al dejar mi casona de Mixcoac, se fue traduciendo, por esos mismos días, en un sentimiento de desolación nacional, como si se nos hubiera ido resquebrajando el país y nos hubiéramos quedado a la intemperie. Sin costumbres, sin confianza. Y es que a la contradicción entre la puesta en vigor del Tratado de Libre Comercio y la insurrección chiapanesca, se fueron sumando otros acontecimientos, unos trágicos, otros cómicos, todos sorprendentes: el asesinato del candidato del Partido Revolucionario Institucional a la presidencia de la República; la designación emergente de un nuevo candidato priísta; la renuncia airada y desairada a un tiempo del comisionado para la paz en Chiapas; la gesta electoral del 21 de agosto, cuyos resultados decepcionaron a la izquierda mexicana; el asesinato del líder del Partido en el poder, quien había sido cuñado del Señor Presidente; las severas impugnaciones a las jerarquías del PRI, formuladas por el subprocurador de Justicia y hermano del occiso, quien renunció al cargo y se acogió al opositor Partido de la Revolución Democrática; la debacle económica; la aprehensión del hermano mayor del expresidente como presunto coautor intelectual del asesinato del líder del PRI y la consecuente y estrepitosa ruptura entre el presidente y el expresidente de la República; la huida del exsubprocurador de justicia, flamígero fiscal transformado intempestivamente en acusado; la perentoria huelga de hambre del expresidente y su salida al vecino país del norte... ¿Quién es el autor intelectual de esta obra? ¿Eurípides? ¿Dante?

¿Shakespeare? ¿Kafka? ¿Bretón? ¿Ionesco? ¿Canetti? ¿Jorge Ibarguengoitia? ¿García Márquez? ¿Carlos Fuentes? Todo lo ocurrido en tan breve lapso y que supera, como lo han dicho tanto Fuentes como García Márquez, a las más imaginativas novelas latinoamericanas, ha generado, sobre todos los demás signos de la incertidumbre, el de la imprevisibilidad. Nuestros periódicos dejaron de confundirse con los de la víspera, dejaron de ser previsibles. Cada mañana, se abre un capítulo insospechado de la novela que estamos viviendo. La presencia sexagenaria del PRI en el poder nos había hecho absolutamente previsores. Estábamos acostumbrados a saber con antelación lo que habría de suceder: al cumplimiento implacable de los rituales sexenales, repetidos automáticamente como si se tratara de la representación de una misma obra de teatro. En *El gran elector* de Ignacio Solares los presidentes de México desde la fundación del Partido Nacional Revolucionario, antecedente del PRI, encarnan en un solo personaje — signo de lo que Mario Vargas Llosa llamó “la dictadura perfecta” — y tienen discursos intercambiables, que articulan el único discurso del poder en México. Los acontecimientos que se han desatado desde que hube de dejar mi casa, me han dejado sin ninguna previsibilidad. Lo que se ha lastimado irreversiblemente es al futuro, o mejor: la seguridad es el futuro que la reiteración mecánica del pasado nos daba. En esa imprevisibilidad reside nuestra angustia, nuestra zozobra. Es como quedarse sin casa. Pero en ella, qué duda cabe, también puede alojarse la esperanza. La esperanza del cambio, del salto a la democracia, de la digna reivindicación de nuestras minorías étnicas, de la desarticulación de discursos obsoletos de uno y otro signo, del desenmascaramiento de todas las manipulaciones que sufre nuestra sociedad.

Mi nueva casa es cómoda, es moderna. No tiene la pátina que el tiempo le regaló a la casona de Mixcoac, no es tan espaciosa como aquella ni goza de tantas preeminencias, pero tiene tuberías continentes y contactos eléctricos por doquier y sus pisos no están apolillados hasta la pulverización. No es más, como tampoco era más la vieja casa de Mixcoac. Aquella la rentaba a las señoritas Carrasco, mis caseras; ésta la debo a una entidad abstracta, sin rostro, y, a juzgar por las actuales tasas de interés, la seguiré debiendo de por vida.

Ojalá tuviéramos una casa propia. Una casa propia de la que nunca nadie pudiera echarnos.

TRES

Con enorme frecuencia, la historia le ha impuesto a la literatura latinoamericana una condición testimonial. Nuestros escritores han sido los cronistas de los acontecimientos que se suceden en su derredor, desde los tiempos de la Conquista, cuando Alonso de Ercilla en el Arauco, como Cortés en México, empleaba “ora la pluma, ora la espada”, hasta la Revolución Mexicana, que propició la participación inmediata de escritores militantes

como Mariano Azuela o Martín Luis Guzmán. Sin embargo, conforme el tiempo va ubicando los acontecimientos en la historia, el escritor va sustituyendo el testimonio por la recreación histórica, y esta distancia, si bien pudiera debilitar la fuerza y la veracidad que suelen tener los relatos escritos por quienes fueron testigos presenciales de los sucesos que relatan, permite, en cambio, venir de regreso de las cosas, esto es, desarrollar el ejercicio literario de la crítica, ampliar el espectro de la realidad referencial, activar, como supremo arte del regreso, la parodia, en la que cabe, además de la crítica, el humor y aun el homenaje. Así ha sucedido con los escritores que continuaron tratando, en tiempos posteriores al del testimonio, el mismo tema de la Revolución: Agustín Yáñez, Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Jorge Ibargüengoitia, Ignacio Solares.

El novelista, acaso por tener trato cotidiano con la omnisciencia, trabaja a largo plazo. La realidad actual de México, ésa que estamos viviendo con desconcierto, con zozobra, con un sentimiento de desalojo y de intemperie, sin confianza, desacostumbrados, habrá de ser registrada por nuestros escritores inmediatos, que hacen las veces de cronistas testimoniales para que, conforme el tiempo pase, encuentre un espacio más amplio en la casa de la novela histórica.